A Terrés (Jose)

PROGRAMA

DE LA

CÁTEDRA DE CLÍNICA INTERNA

DEL TERCER AÑO

DISERTACIÓN

QUE

PARA EL CONCURSO DE PROFESOR ADJUNTO Á DICHA CÁTEDRA

PRESENTA

AL JURADO CALIFICADOR

JOSÉ TERRÉS



MÉXICO

IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON

Calle de Lerdo número 3

1888

Sr Dr José Bandera

PROGRAMA

DE LA

CÁTEDRA DE CLÍNICA INTERNA

DEL TERCER AÑO

DISERTACIÓN

QUE

PARA EL CONCURSO DE PROFESOR ADJUNTO Á DICHA CÁTEDRA

PRESENTA

AL JURADO CALIFICADOR

JOSÉ TERRÉS



MÉXICO
IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON
Calle de Lerdo número 3

1888

No existe indudablemente persona alguna que pueda desconocer la inmensa importancia que para el médico tiene el estudio continuo y esmerado de los enfermos; tampoco existe quizá quien ignore la magnitud de la empresa y la extensión de la responsabilidad del que tiene á su cargo el papel de guiar á los alumnos en tan difícil estudio, con el objeto de que obtengan de él toda la utilidad que es capaz de proporcionar, á fin de que posean, al terminarlo, todas las cualidades físicas, intelectuales y morales que la sociedad tiene derecho á exigir en aquellas personas que van á disponer de la salud de sus miembros ó de toda ella.

La tarea de un profesor de clínica es muy grande, su trascendencia notoriamente mayor, y por lo mismo se hace indispensable conocer y pesar escrupulosamente todas las aptitudes de un aspirante, antes de poner á su disposición la cátedra del maestro.

La más vulgar observación hace conocer que

media á veces inconmensurable distancia entre el hecho de poseer una verdad y el de tener la facultad de trasmitirla con precisión y prontitud. No basta tener almacenada una suma más ó menos cuantiosa de conocimientos, para estar provisto de las cualidades que debe poseer un buen profesor; requiérese algo más, que no es como suele creerse, una poca de práctica y una buena voluntad; si alguien admitiera tal cosa, la observación diaria lo contradiría al instante, mostrándole profesores cuya enseñanza deja mucho que desear, porque su práctica, mal dirigida, ha sido estéril y su sola voluntad impotente.

El que además de hallarse al tanto del estado que actualmente se encuentra la ciencia ó arte en que profesa, poseyera el precioso atributo de trasmitir sus conocimientos fiel y prontamente, gozaría de dos de las importantísimas cualidades que debe reunir el que enseña, para ser real y positivamente útil á sus educandos; empero, hoy más que nunca, y entre nosotros principalmente, es indispensable que no se olvide ni por un momento, que si ventajoso es que los alumnos estén al corriente de las afirmaciones médicas en curso, más provechoso es que se encuentren en estado de utilizar debidamente los descubrimientos efectuados, y de conquistar verdades nuevas para ser así verdaderamente benéfico á sus contemporáneos y á sus sucesores. "En efecto, si es cierto que el buen método es la primera condición de todo éxito; si, como

dice un gran filósofo, *los hombres más que doctrinas necesitan métodos; más que instrucción han menester educación;* todo lo que contribuya á inculcar en nuestro ánimo los métodos más propios, más seguros y más probados de encontrar la verdad, debe introducirse con el mayor empeño en la educación de la juventud." (G. Barreda.) Si ésto es exacto de una manera general, lo es todavía más tratándose del curso de clínica, en donde el alumno va á aprender á observar, á comparar, y por lo tanto á analizar, á inducir y á deducir, con el fin de conocer el estado actual y predecir el futuro de un complicado organismo, con el de modificar en él, si es necesario y posible, la sucesión de los fenómenos, y con el de formular leyes exactas que puedan en lo venidero servir de apoyo á sus inferencias.

La convicción que tenemos acerca de la doble misión del profesor de clínica, de educar y enseñar, misión que es más importante bajo el primer punto de vista, sobre todo al principio, es la que nos dicta la necesidad de someter á la crítica, antes que todo, al pretender alcanzar ese puesto, algunas de las ideas que abrigamos acerca de los medios que en nuestro concepto son más adecuados para obtener de los estudios clínicos toda la utilidad que pueden suministrar.

Por escasa que sea indudablemente la práctica que se tiene, después de haber ocupado algún tiempo el puesto de jefe de clínica, algunos hechos se

pueden encontrar en ella, que unidos á un resumen de lo anteriormente publicado sobre la materia, podrían formar el asunto de una *prueba escrita;* mas como lo expresamos antes, creemos que debe buscarse en los candidatos algo que es distinto de la instrucción médica. En estas líneas no pretendemos enumerar todos los detalles y requisitos que creemos se deben obsequiar al profesar el primer curso de clínica interna; limítase nuestro deseo á apuntar algunos de los que no son observados por todos nuestros profesores ó lo son de un modo inconstante, y principalmente á los que se apartan por completo de la manera ordinaria de dar dicha clínica. Ésto explica por qué en alguna ocasión tendremos que apuntar algún detalle casi insignificante, pero que consideramos contribuyente para el objeto que nos proponemos.

Muy lejos de nosotros la idea de censurar la práctica observada actualmente en la mencionada cátedra; muy al contrario, la admiramos y respetamos, y esta admiración es precisamente uno de los móviles que nos impulsan á procurar á toda costa, algo más noble y levantado que su conservación, su engrandecimiento, al cual indiscutiblemente se puede contribuir aun con una ligerísima modificación en el método de enseñanza.

Es necesario desde luego señalar el resultado que debe procurar alcanzar el clínico, limitando con toda exactitud y precisión el objeto de la clínica, para que planteado ya el problema sea posible

la inquisición de la manera más adecuada y propia de llegar á una satisfactoria solución.

La clínica (de κλγνμ cama) ha sido definida de varias maneras. Del análisis de las definiciones presentadas, de la comparación de los trabajos que universalmente son calificados de clínicos, y de la de éstos con los que se les asemejan, debe surgir una buena definición que no adolezca ni del defecto de ser algo vaga,[1] ni del de ser demasiado lata,[2] ni tampoco un tanto estrecha.[3]

Empero no deseamos alargar inútilmente este escrito, emprendiendo en este lugar dicho estudio; si nos ocupamos del objeto de la clínica interna es porque estamos obligados á circunscribir la extensión que al primer curso debe darse, antes de enumerar los medios que para su enseñanza se han de poner en acción.

Posesor de los conocimientos de la estructura y modo de funcionar de los órganos y tejidos, en el estado fisiológico, pasa el alumno á estudiar los cambios que pueden sufrir por la acción de fuerzas morbígenas, así como á conocer cuáles son éstas y cómo obran.

1 Creemos mantenernos en los límites predeterminados por la naturaleza de las cosas, aplicando la denominación de clínica á toda obra práctica que se ejerce con un objeto artístico ó científico sobre el organismo del hombre enfermo. (Schützemberger. Fragmentos de Filosofía médica. París, 1879, pág. 56.)

2 La clínica es, propiamente hablando, la enseñanza de la medicina práctica. (Nöel Gueneau de Mussy. Clínica Médica. París, 1874, tomo I, pág. 1.)

3 La clínica tiene por objeto el estudio de los enfermos, con el fin de llegar al diagnóstico de la enfermedad, al pronóstico y al tratamiento. (Jaccoud. Clínica de la Petié. París, 1885.)

Con bastante frecuencia hemos oido decir que el estudio de la patología ha de preceder al de la clínica, que cuando son conocidas ya *en teoría* las enfermedades, es cuando se puede, con verdadero provecho, concurrir á esta cátedra. Estas afirmaciones pueden ser ó no exactas, según la manera como se halle organizado el estudio de dicho ramo.

Del análisis más superficial de los trabajos que unánimemente son llamados clínicos, resulta desde luego, y de una manera clara y evidente, que éstos tienen por campo de sus operaciones el organismo vivo y enfermo y los productos formados en él; resulta igualmente que se emprende su estudio con el objeto inmediato de conocer, hasta donde es posible, los trastornos estáticos y dinámicos efectuados en el individuo y que lo apartan del estado de salud, las fuerzas que han provocado estos trastornos, y la manera como lo han conseguido. Que se haga con el fin exclusivo de llegar al diagnóstico de la enfermedad, al pronóstico y al tratamiento, ó que á ésto se deba agregar algún otro, es lo que debe preocupar bien poco al profesor del curso preparatorio de clínica y no detenernos por el momento.

Tanto el conocimiento de los cambios anatómicos y fisiológicos, como el de las causas que los han originado, es en gran parte el resultado de inferencias basadas en la existencia actual ó anterior de determinados fenómenos, variables en cada caso particular, y que se llaman síntomas. Pues bien,

el estudio del arte que nos procura las reglas y nos ejercita en la manera de obtener el mayor número posible de síntomas, puede, sin asomo de duda, emprenderse, hallándose ignorante de los conocimientos patológicos. Tan es verdad que puede obtenerse utilidad del estudio de los enfermos, sin el previo conocimiento de la patología, que por mucho tiempo las afirmaciones de esa ciencia han sido el resultado, exclusivamente, de la más ó menos limitada generalización de las observaciones clínicas, y que en la actualidad todavía son éstas los más ricos veneros de aquellas.

No estimamos en poco para el estudio de la clínica el de la ciencia patológica, lo completamente contrario es lo cierto; si creemos que puede y aun debe comenzarse la educación clínica del alumno lo más pronto que sea posible, es con la mira de que coincida el momento en que conoce las verdades más ó menos generales en que va á apoyar sus deducciones, á la cabecera del enfermo, con el en que sabe ya apreciar y recoger con exactitud las particularidades del caso, que lo hacen caber ó no en el dominio de aquellas verdades.

Si es, pues, un hecho que puede ser fructuoso el estudio de la clínica emprendido en la época en que en nuestra Escuela se comienza, también lo es que esto acontecerá solamente cuando se limite á enseñar á los educandos las reglas que deben obsequiarse con el fin de conocer los estados dinámico y estático del organismo humano, y se

les ejercite á practicarlas, es decir, que se les debe acostumbrar á explorar debidamente á los enfermos, para recoger con precisión y exactitud y ordenar metódicamente, todos los datos que puede suministrar su estudio y van á ser el punto de apoyo de la conducta del médico.

Este proceder está dictado no solamente por la distribución que existe en la enseñanza de los cursos llamados teóricos, sino también por el método más lógico para hacer el estudio de un enfermo; antes que modificar un estado, antes aún de darle el nombre que le conviene, si alguno de los conocidos le es aplicable, es indispensable conocer la manera de recoger los atributos que lo individualizan.

Personas hay que van más lejos que nosotros en esta manera de pensar, y creen injustificado el que el estudio clínico sea posterior al del organismo normal. "Si el estudio clínico fuera puramente instructivo, pudiera acaso sostenerse tal idea; pero como es un estudio en alto grado educativo, ese modo de ver no resiste á un atento examen. La educación, especialmente física, el desarrollo de los sentidos y de los movimientos, sobre todo tratándose de los casos difíciles y de las artes elevadas, exige mucho tiempo pero no mucha instrucción. La apreciación de semejanzas y diferencias á diversos grados de las impresiones que recibimos, no exige el conocimiento previo de sus causas, de sus relaciones, de su significación y consecuencias, sino

pura y simplemente un ejercicio constante y sistemático. En los dos primeros años, la educación de los sentidos por su aplicación al estudio de los fenómenos morbosos, la de los movimientos por la práctica de la pequeña cirujía que no exige gran acopio de conocimientos, serían un resultado seguro y altamente útil del estudio clínico. Tanto que Graves quería que los niños destinados á la carrera de la medicina concurrieran desde su infancia á los hospitales, aun cuando no fuera sino para educar sus sentidos y adquirir ese cúmulo de datos prácticos que sólo se adquieren á la cabecera del enfermo; como el golpe de vista, la fineza de percepción, la destreza manual, la sangre fria, el hábito, en una palabra, de estudiar y manejar enfermos.

Pero no se reduce sólo á esto, que ya es mucho, la utilidad de la clínica. ¿Acaso muchísimos conocimientos patológicos tienen otro carácter que el de hechos de pura observación? ¿Otros muchos exigen otras nociones que las de pura anatomía? Citaremos como conocimientos que pueden adquirirse durante este período, entre otros los siguientes: fracturas y luxaciones, y su tratamiento; erupciones cutáneas, y de las mucosas accesibles, su origen (sifílides, herpétides, etc.) y su tratamiento; parasitarias y su tratamiento; heridas, contusiones y su tratamiento; ciertos tumores y su tratamiento; fiebres eruptivas, y sobre todo síntomas objetivos de todas clases, como convulsiones, delirio, coma, disnea, etc., etc., y sus caracteres especiales."

(Manuel Flores. Educación del Médico. México, 1880, pág. 124.)

Que opinemos como el Sr. Flores, en que puede emprenderse la educación de los sentidos desde el momento en que se empieza el estudio de la medicina, ó que seamos de otro modo de pensar, es asunto extraño al objeto de este escrito, en que tratamos puramente de dar á conocer el programa que nos parece más aceptable, para profesar la cátedra de clínica tal como se halla establecida.

El escaso número de diagnósticos que es posible hacer y fundar convenientemente, con el auxilio único del conocimiento del estado normal, lo cual, de paso diremos, requiere el estudio previo de éste, no permite suponer que debe formar parte integrante del programa el establecimiento de dichos diagnósticos; como por lo demás no existe ninguna ventaja, y sí graves inconvenientes, en dedicarse prematuramente á este género de labor en detrimento del buen estudio de los métodos de exploración, opinamos porque tan sólo se ocupe de él el profesor, de cuando en cuando, para que los alumnos descansen del estudio de éstos, pero jamás con cierta atención, porque sabiendo explorar bien se sabe diagnosticar, y no por fijarse en el fin se deben descuidar los medios. Flores afirma con sobrada razón que "los defensores de la precocidad ignoran sus inconvenientes, que lo importante no es precisamente trabajar temprano, sino trabajar bien." (Obr. cit., pág. 27.)

Graves opinaba porque "desde el principio y durante toda su educación médica debía dedicarse el alumno á estudiar la marcha y los síntomas de las enfermedades;" pero la única prueba que presentó en apoyo de su idea es propia exclusivamente para conocer de que es urgente que los alumnos procuren observar, lo más y lo mejor que les sea posible, que se conviertan en constantes y hábiles observadores, lo cual es mucho, muy distinto de que pretendan efectuarlo antes de poseer los elementos que este acto requiere para su ejecución; dice así: "La medicina práctica implica la observación de la naturaleza; ésta no puede llevar á buen fin sus operaciones, sino con auxilio del tiempo, y en vano pretenderá sustituir á este elemento su genio ó su actividad personal, el que quiera estudiar su marcha." (Graves. Clínica médica, traducida por Jaccoud. París, 1863, pág 2.) Nadie puede poner ni por un solo momento en duda, la exactitud que encierran las frases del eminente clínico de Dublín: no se puede seguir en ocho dias toda la evolución de una enfermedad crónica; pero todos comprenderán que entre ver mucho y observar hay cierta diferencia, y que para lo último es preciso algo más que colocarse en el campo de la observación. En México vemos con frecuencia á algunos alumnos que concurren á los hospitales, desde que pisan por vez primera la Escuela de Medicina, y que no superan á sus compañeros, y sí con frecuencia les son inferiores, á los pocos años, en co-

nocimientos clínicos, y es precisamente porque su desenfrenado deseo de hacerse *prácticos*, los ha conducido á viciar su educación.[1]

Todo estado patológico se halla constituido por un conjunto de perturbaciones orgánicas y funcionales; éstas se conocen merced á las variaciones que sufren algunos de los atributos peculiares al estado fisiológico. Para conocer dichas variaciones se hace indispensable: 1º Una operación sensual, en que ponemos en juego uno ó varios sentidos, con el fin de recoger los datos primordiales, las sensaciones, que van á servir de base para inferir la existencia de los atributos; 2º Un estado del espíritu en que, desprovisto de toda preocupación, sentimiento vehemente, etc., se encuentre en aptitud de darse cuenta cabal de las sensaciones recogidas. 3º El conocimiento del estado normal, con el objeto de poder comparar con él los fenómenos actuales, para saber en qué se asemejan y en qué difieren.

1 Trousseau ha dicho: «Desde el dia en que un joven se dedica á la medicina, debe frecuentar los hospitales. Es necesario ver constantemente enfermos. Esos materiales confusos que se acopian sin orden y sin método, son, sin embargo, excelentes. Hoy que he llegado á la vejez, recuerdo los enfermos que ví hace cuarenta y tres años, cuando daba los primeros pasos en la carrera; recuerdo sus principales síntomas, sus lesiones anatómicas, los números de las camas, algunas veces los nombres de los enfermos que en esa remota época impresionaron mi espíritu. Estos recuerdos me sirven con frecuencia, me instruyen todavía y algunas veces me oís invocarlos en nuestras conferencias clínicas;» y más adelante: «no obtendreis provecho real de frecuentar las salas de cirujía, sino cuando esteis iniciados en la anatomía, mientras que para los primeros estudios de medicina, os bastará poseer algunas nociones superficiales de fisiología. (Trousseau. Clínica Médica del Hotel Dieu. París, 1877, pág. 1.)» Se ve, pues, que Trousseau consideraba indispensable para obtener provecho de los estudios clínicos, la previa adquisición de conocimientos fisiológicos.

Si se poseen suficientes conocimientos, especialmente patológicos, y se goza de una buena disciplina intelectual, puede emprenderse la tarea de efectuar lo que se llama la valorización de los síntomas, sin cometer más errores que los consiguientes al estado de atraso en que se hallan las ciencias en que uno se apoya. Casi simultáneamente se infiere, por deducción ó por analogía, cuál es la enfermedad que aflige al paciente; pero no solamente se sabe esto, sino que, si el examen del enfermo ha sido completo, como debe de serlo, se conoce también el estado de todo su organismo.

Una vez que el clínico ha llegado á este punto, réstale profetizar el resultado y consecuencias de la enfermedad, instituir el tratamiento del enfermo, y tomar nota de las distintas modificaciones que en él se van sucediendo.

De lo que anteriormente hemos dicho puede colegirse que algunas de las operaciones enumeradas deben quedar, según nuestra opinión, fuera del programa del primer curso de clínica interna. Estas operaciones son las que no pueden llevarse á cabo sino con el auxilio de los conocimientos que no posee todavía el alumno. Resulta de aquí que pocas valorizaciones de síntomas, diagnósticos, etc., podrán ocupar por entonces la atención de los educandos; creemos sin embargo que algunos deben intentarse aprovechando los casos apropiados ya para que, como lo dijimos antes, se dé variedad al estudio, ó bien para que, y principalmente, vean la

utilidad que se obtiene, á la par que la necesidad que hay de explorar de cierta manera á los enfermos; con este fin creemos que es útil el que una vez por semana estudie el profesor á un enfermo, cuyo padecimiento sea de los que conocen ya los alumnos ó pueden conocer en el momento. Que el estudio sea hecho por el profesor, trae la ventaja de que vean efectuarlo los educandos por una persona más práctica que ellos, y tengan un modelo que imitar.

La valorización de los síntomas debe intentarse, hasta cierto punto,[1] en todo caso, principalmente para acostumbrar á los estudiantes á que no den oído á sus presunciones y quieran por un solo atributo ó un número insuficiente de ellos, creerse autorizados á afirmar mucho más de lo que realmente deben. Cuotidianamente se ve que basta con que perciban oscuridad ó matites en la parte inferior de la región toráxica, para que afirmen que existe un derrame pleural ó una solidificación pulmonar; y que diagnostican el impaludismo, basándose únicamente en la existencia de una calentura de tipo intermitente ó remitente.

La adquisición de los tres requisitos enumera-

1 Con los conocimientos que tienen los estudiantes al cursar el primer curso de clínica, no se puede avanzar mucho por este camino. "Para llegar á una interpretación exacta de un síntoma, no hay más camino que éste: 1º Conocer todos los orígenes ó condiciones patológicas posibles del fenómeno; 2º Determinar los caracteres diferenciales que presente, según las diversas condiciones que le dan nacimiento, con el objeto de poder deducir de estos caracteres el origen del síntoma. (Jaccoud. Clínica del Hospital Lariboisière, pág. 4.)»

dos en primer lugar, es la que principalmente se debe procurar al alumno, en el curso de clínica á que en este escrito hacemos constantemente alusión.

Cierto es que los alumnos han estudiado al organismo sano, pero no lo es menos que sus conocimientos son insuficientes para la práctica; no ignoran que auscultando un pulmón sano se percibe un sonido especial, que ha recibido el nombre de murmurio vesicular, saben que es más intenso en los niños, y sin embargo, no conocen por lo común estos ruidos al principiar á cursar la clínica, pura y sencillamente, porque constituyen sensaciones que es imposible que perciban al leer ú oir la descripción que de ellas se puede hacer: para conocer una sensación es indispensable haberla experimentado. Como estos fenómenos van á servir constantemente para comparar los patológicos, es necesario que sean perfectamente conocidos; de suerte que una de las partes de que debe constar el programa del curso preparatorio de clínica interna, comprende el conocimiento de las sensaciones á que da margen la exploración de los órganos en el estado fisiológico.

Para que sea fructuosa dicha exploración, debe ser ejecutada con cierta habilidad, bien difícil de adquirir, y que por lo tanto exige perseverancia suma por parte de los educandos y del maestro, en el trabajo práctico que es el único que puede procurarla. Todos podemos ver, y de hecho vemos

constantemente la cara á los enfermos que examinamos; pero el que tiene costumbre de observarla, aprecia de una sola ojeada rasgos que pasan desapercibidos para los principiantes y para los que han pasado rápidamente sobre este detalle de la exploración clínica.

Reflexiónese un momento siquiera en que las sensaciones que los órganos despiertan en el médico, son adulteradas por una práctica viciosa de los procedimientos exploratorios ó por escasa educación de los sentidos; recuérdese que de su perfección depende en gran parte la exactitud del diagnóstico, la justicia del pronóstico y el acierto en el tratamiento, y dígase con sinceridad si exageramos al pedir mucho tiempo y gran empeño para la enseñanza de los medios de exploración.

En un año ciertamente que es imposible lograr que adquieran los alumnos toda la habilidad deseable en el examen de los enfermos; pero por poca que sea la que logren, será mayor que la que obtendrían ocupándose de otros asuntos.

Dícese que limitar de tal manera el programa del primer curso de clínica, es convertirlo de ameno en árido, y trasformarlo en un curso que propiamente no es de clínica. ¿De qué será entonces? ¿Acaso el conocimiento de la manera más conveniente de efectuar la exploración del aparato nervioso es del resorte de otro arte? ¿El conocimiento práctico de los fenómenos estetoscópicos que pueden encontrarse en el tórax, es por ventura del

dominio de otro ramo de la medicina? Jamás afirmaremos que se hace un curso completo de clínica; mas no por eso deja de estudiarse una de sus partes, la más importante de ellas y la que debe preceder á las demás: no todas las matemáticas son aritmética; pero de aquí no se infiere que resulte alguna utilidad de estudiarla al mismo tiempo que el cálculo infinitesimal.

Quizá sea muy árido y falto de atractivo para los alumnos el programa que proponemos; no podemos desechar esa posibilidad; pero sí, en cambio, podemos afirmar que acontecerá en tal caso algo parecido á lo que sucede con el antiguo modo de proceder, y que todos hemos podido apreciar. Nótase, en efecto, al echar una mirada sobre el grupo de alumnos que rodea á la cama de un enfermo en estudio, que una no escasa porción de él se encuentra divagada. ¿En dónde toma origen esta conducta? "¿Cómo es posible que muchos jóvenes frecuenten diariamente los hospitales, durante años enteros, sin aumentar notablemente sus conocimientos prácticos? Dos órdenes de causas pueden dar cuenta de ello: en el alumno una falta de atención; en el profesor un método de enseñanza poco juicioso" (Graves). Urgente es, por lo tanto, procurar que los alumnos pongan en juego su atención, y más urgente aún estudiar con cuidado el método de enseñanza y de educación que debe adoptarse, supuesto que influye, y mucho, en el comportamiento del alumno.

Si el contagio morboso suele obrar entre los estudiantes, trasmitiéndoles el padecimiento de algún enfermo, otro contagio obra más comunmente y les trasmite no tan sólo las ideas, si que también el lenguaje y hasta los modales del profesor; tal vez por eso cuando éste demuestra poco entusiasmo para cumplir con su misión, se apodera el desaliento de sus discípulos, y así se explique el funestísimo resultado que acarrea la poca puntualidad del maestro á la cátedra. Además de acortar así el tiempo de que dispone el alumno para su educación, hace que nazca en él ó tome creces la apatía.

El tiempo que los alumnos dedican á *practicar*, puede ser aprovechado mucho ó poco, según la manera como esta práctica sea dirigida. Si se opta por el procedimiento de hacer trabajar á un alumno en presencia del profesor, mientras están atentos los demás, se obtiene: 1º Que al fin del año escolar poco haya practicado cada uno; 2º Que la mayoría se divague, especialmente los que no se encuentran colocados junto á la cama del paciente. No se crea que el temor de ser interrogados los impele á prestar atención á lo que se ejecuta; esto sería no ver lo que cuotidianamente acontece y no comprender que malamente se puede avergonzar un alumno si se patentiza su distracción, cuando ésta es originada por estar colocado de manera de poder observar únicamente las espaldas de sus compañeros. Por otra parte, la educación se ad-

quiere con el ejercicio, y no ejercita su oído el que ve auscultar á otro, ni se ejercita á mover su mano con rapidez y precisión el que ve percutir, ni conocerá por este medio las diversas sensaciones de resistencia que aprecia el dedo percutido.

Si el profesor recomienda á varios alumnos que pongan en práctica tales ó cuales métodos de exploración en varios enfermos, y en seguida estudie el modo de proceder y los resultados obtenidos por algunos de ellos, es casi seguro que logra un buen resultado. Así, por ejemplo, encarga á diez ó veinte alumnos que limiten la área de matites hepática en diez enfermos y le señalen sus límites, y después, en el mismo dia ó en el siguiente examina los resultados obtenidos por cada uno, les hace conocer sus errores y les indica la manera de evitarlos.

No es conveniente dejar en completa libertad á los alumnos para elegir los enfermos en que van á hacer sus ensayes de exploración, por dos motivos: 1º Porque es imposible que el profesor establezca de esa manera un paralelo entre las dificultades del caso y las aptitudes del alumno, de lo que resulta que su trabajo no procura las ventajas que debiera; 2º Porque los estudiantes eligen por lo común á los pacientes que tienen la desgracia de ser posesores de una enfermedad ó un síntoma poco frecuente, y estos infelices son, por lo mismo, molestados continuamente.

La posibilidad de poderse ejercitar en la aplica-

ción de algunos métodos de exploración en el cadáver con el mismo fruto que en el vivo; la ventaja que resulta de comprobar inmediatamente y de una manera irrefutable la exactitud de los resultados obtenidos; y la enseñanza que se origina al ver la relación que existe entre los fenómenos apreciados por el examen de un órgano y el estado real de éste, hacen creer que el anfiteatro no es un campo infecundo para la clase de estudios á que nos referimos. Si se percute la región precordial y se abre en seguida el cadáver, se conocerá la relación que hay entre la área mate, la oscura y el tamaño real del corazón; en el caso en que se haya limitado una superficie mayor de la que corresponde á la proyección del corazón sobre la pared torácica, se buscará inmediatamente la causa de este desacuerdo en la manera de percutir ó en el estado de los órganos limítrofes. De esta manera se obtendrá gran utilidad al hacer la necropsia de los individuos que han sucumbido en el servicio, y en ella se procurará también encontrar la explicación de los fenómenos apreciados durante la vida.

El encomendar á dos alumnos el estudio de cada enfermo, tiene la ventaja de facilitarles, y hasta cierto punto obligarles, á que ejerciten cuotidianamente sus sentidos, y que procuren hacerlo cuidadosamente, aprovechando el deseo que todos deben tener de que sus apreciaciones sean más exactas que las de su compañero de tarea. Si el encargo se hace á tres ó más alumnos, acontecerá

que mientras uno trabaja los demás se divagan, mientras que de la otra manera el estudiante que no explora se fijará casi inevitablemente en la manera como el otro lo ejecuta.

Cuando el profesor haga la crítica de la manera de obrar de algún alumno, procurará que ésta se efectúe en presencia de un regular número de sus compañeros, con el fin de estimularlos y de evitarse la penosísima molestia de repetir á cada paso las mismas palabras. No creemos conveniente que se haga constantemente una cruda censura de todos los defectos que cada uno puede tener, porque esto suele ser motivo de desaliento, y además porque puede acontecer que se empeñe el discípulo en la corrección de las faltas menos perjudiciales y olvide la de las más. Opinamos porque el profesor se ocupe de los vicios más notables que cada uno tenga y que insista en ellos hasta quedar convencido de que ha probado suficientemente que en realidad son vicios y que pueden acarrear peligrosas consecuencias.

Hay algunas faltas de educación sensual, de que es muy difícil se persuadan los alumnos, y son todas las que dependen de una falta de apreciación de matices delicados de alguna sensación; así, por ejemplo, confunden por lo común la oscuridad del sonido provocado por la percusión con la matites, la respiración ruda con el soplo, etc.; en tales casos sería un error del profesor creer que basta con que él afirme que un sonido es simplemente oscu-

ro y no mate, para convencer de ello al alumno; lo mejor en esos casos es ponerlo en condiciones de que se persuada por sí mismo, ya corrigiendo las faltas de exploración que lo indujeron al error, ya haciendo que compare la sensación que cree percibir con otra que realmente es la que él se figuraba, ó con el estado normal. La comparación es un recurso de que á cada momento se ha de echar mano.

Hemos hablado ya de la manera de poner en juego otro recurso educativo: la imitación.

Es útil instruir á los discípulos acerca de la manera de poner en juego un método de exploración, y de los datos que puede suministrar, antes que encomendarles que lo practiquen, porque así se les desembaraza y facilita su práctica. Dejar obrar al alumno, interrogar por ejemplo, y demostrarle en seguida que "tales ó cuales errores reconocían por causa los vicios de su interrogatorio" (Flores, ob. cit. pág. 117), puede ser útil porque los convence de que esos vicios deben evitarse, pero no les indica la manera de no caer en otros, y entre ellos algunos que quizá cometió en ese mismo interrogatorio, y cuyas malas consecuencias no se hicieron patentes, porque las peculiaridades del caso no lo permitieron.

Si estas conferencias tienen verificativo en la segunda mitad del tiempo consagrado á la cátedra, serán escuchadas con atención, supuesto que la variación en el trabajo es motivo de descanso

y de placer. En nuestro concepto, ha de procurar á toda costa el maestro, exponer en ellas sencilla y brevemente lo que se ha propuesto, teniendo especial cuidado en evitar el alargarlas y hacerlas difusas, recurriendo á esas flores de retórica, cuyo perfume embriaga á veces hasta á las personas más ilustradas, haciéndolas perder la brújula que las conducía á través de los innumerables escollos que cada frase les ofrece. Un profesor ha de procurar lucir por los adelantos con que favorece á los educandos, no por engañosas apariencias de sabiduría.

Al practicar los métodos de exploración, debe el alumno obrar antes que el profesor, porque es ésta la única manera de que sepa con seguridad qué fenómenos ha percibido aquel, y puede por lo tanto corregir sus faltas ó elogiar su conducta.

El tiempo que al estudio de cada método de exploración ha de dedicarse, tendrá que variar forzosamente con las dificultades que para su buena ejecución presente, y con su mayor ó menor importancia práctica; débese, además, tener en cuenta, las aptitudes de cada alumno. Algunos hay, los dedicados á la música especialmente, que logran aprender á auscultar bien en poco tiempo y quizá percuten muy torpemente; otros, por el contrario, no oyen casi nada cuando principian á auscultar; algo inconveniente sería que todos estos ejercitaran igualmente la auscultación.

CONCLUSIONES.

La educación de los sentidos y la correcta práctica de los procedimientos de exploración, forman la base de una buena enseñanza clínica.

Los conocimientos que han acopiado los alumnos al comenzar á estudiar el primer curso de clínica interna, son insuficientes para ponerlos en aptitud de aprovechar debidamente el ejercicio de las otras operaciones que requiere el examen de un enfermo, para ser completo.

Con el fin de que la asistencia á la cátedra sea bastante provechosa á los educandos, se encomendará diariamente á los presentes, excepto á ocho ó diez que practiquen tales ó cuales medios de exploración; el profesor, acompañado de los restantes, estudiará en seguida el modo de proceder de cada grupo, y rectificará ó ratificará los resultados obtenidos. Dos ó tres veces por semana se destinará la mitad del tiempo consagrado á la cátedra para hacer una exposición oral acerca de la manera más conveniente de aplicar los mencionados métodos de exploración, ó para insistir sobre la conveniencia de evitar ciertos vicios, ó para algún otro asunto de interés que surja en las lecciones de esa semana. Cuando estén iniciados los alum-

nos en la ejecución de algunos métodos, comenzará el profesor á examinar enfermos, con el fin de que se vea la ventaja que aquellos procuran cuando son aplicados con algún cuidado, y para contribuir á la variedad del estudio.

Débese hacer el examen de los órganos en estado fisiológico y en el patológico.

En los cadáveres se pondrán en práctica algunos métodos de exploración y se procurará comprobar los datos obtenidos durante la vida.